

Hermann Hesse

Stefan Zweig

Correspondencia

EDICIÓN AL CUIDADO DE VOLKER MICHELS

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

H Hesse
Stefan Zweig

La correspondencia de Hermann Hesse con Stefan Zweig se extendió por un periodo de treinta y cinco años —a pesar de las reservas del primero a tratar con escritores—, hasta la muerte de este último en 1942. A través de estas cartas, el lector asistirá a la construcción de un pensamiento común entre estos dos grandes autores, comprometidos con la inequívoca defensa de la razón, del bien y de la humanidad en una época turbulenta, confirmando que no hay estética que pueda existir sin el armazón de un pensamiento ético que la sustente.

CORRESPONDENCIA (1903-1938)

Hermann Hesse en 1903



Stefan Zweig en 1903

NOTA A ESTA EDICIÓN

Las notas a pie de página que corresponden a la edición española (y que, por tanto, no son de la autoría de Volker Michels) se han señalado con corchetes.

En los casos en que se hace referencia (lo mismo en el cuerpo del texto que en las notas) a una obra de la que existe traducción española, el título original se ha conservado, entre corchetes, sólo la primera vez que aparece. Los títulos de las obras de Hermann Hesse, en particular, se citan según la edición de sus obras completas publicada por la editorial Aguilar en 1979.

En lo que respecta a obras hasta ahora no traducidas, éstas se citan por su título original, excepto la primera vez, en que se acompañan de un título castellano, meramente orientativo, colocado entre corchetes.

1. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Basilea [enero de 1903]

Muy estimado señor:

¡No se asuste usted porque ahora de repente, le aborde con un saludo y una petición!

Adjunto a esta carta encontrará usted mi librito *Gedichte*^[1] [Poemas], que contiene, entre otras cosas, una traducción de Verlaine.^[2] Si algo en este libro resultara de su agrado, le ruego encarecidamente que me regale en reciprocidad su libro sobre Verlaine^[3] (los poemas de usted^[4] ya los tengo). Me haría muy feliz poseer ese hermoso volumen con una línea de dedicatoria escrita de su puño y letra.

Me proporcionará usted una alegría enorme. Soy ridículamente *pauvre*^[5] y me veo obligado a ir mendigando mis contenidos acá o acullá. En esa empresa, sin embargo, he encontrado siempre, por azar, muchos amigos queridos, como su compatriota Schaukal,^[6] por ejemplo. ¿Tendré la misma suerte con usted?

¿O no?

Le saluda afectuosamente, su devoto servidor,

HERMANN HESSE



Cubierta del primer libro de Stefan Zweig, la colección de poemas *Silberne Saiten* [Cuerdas de plata], de 1901.
Diseño de Hugo Steiner-Prag.

2. STEFAN ZWEIF A HERMANN HESSE

Viena, 2 de febrero de 1903

Muy apreciado señor Hesse:

Tengo que pedirle de todo corazón que no considere una mera frase que le diga, agradecido, que su libro me ha deparado una gran alegría. Se lo agradezco de verdad, desde lo más hondo, y tengo que pedirle también que crea lo que voy a decirle a continuación: hace mucho tiempo que tenía la intención de dirigirme a usted para pedirle este libro. Sólo temía tropezarme con alguien que no compartiese mi parecer de que tampoco los poetas —o precisamente ellos, menos que nadie— necesitan tratarse entre sí con convencionalismos. He creído siempre en aquella «Liga Secreta de los Melancólicos» de la que habla Jacobsen en su *Maria Grubbe*,^[7] sostengo también que los que sentimos, en lo íntimo de nuestro ser, cierta afinidad del alma, no debemos permanecer desconocidos los unos para los otros. Conocerle ahora personalmente a usted, a quien estimo mucho desde hace tiempo por algunos versos aislados leídos en revistas, me depara una alegría sincera.

¿Me permite decirle algo sobre su libro? No, mejor no lo hago, pues aún no lo he leído en su totalidad, sólo lo he abierto aquí y allá. Pero sí que lo he tomado en mis manos y, guiándome por mi sensibilidad más clara y viva, se lo he llevado a algunos amigos para leerles distintos pasajes en voz alta. Con toda sinceridad, me doy cuenta de que, junto a *El libro de las imágenes*, de Rilke,^[8] a *Der Spiegel* [El espejo], de Wilhelm von Scholz^[9] y al *Adagio stiller Abende* [Adagio de atardeceres apacibles], obra de mi querido amigo Camill Hoffmann^[10]—libro que, además, siento extraordinariamente cercano—, éste es [para mí] el más querido poemario de este año. Con satisfacción puedo colocarlo junto a los otros libros que me han sido dedicados; y la compañía allí, por cierto, no es nada despreciable: Johannes Schlaf,^[11] Rainer Maria Rilke, Camille Lemonnier,^[12] Wilhelm von Scholz, Franz Evers,^[13] Wilhelm Holzamer,^[14] Hans Benzmann,^[15] Richard Schaukal, Otto Hauser^[16] y Bus-

se-Palma^[17] son los que puedo mencionar. También me gustaría, en cuanto se preste la ocasión, hacer algo por su libro, y hacerlo en una gran publicación, donde sepa que mis palabras no se las llevará el viento.^[18]

Recibiré mi *Verlaine*^[19] en unos ocho días. Le pediré hoy mismo a mi editor algunos ejemplares nuevos; he tenido, por cierto, muchas satisfacciones con él, se vende magníficamente bien y espero que en otoño vea la luz una segunda edición, con una tirada de tres mil ejemplares. Quiero, para entonces, añadir su magnífico poema,^[20] y le pido que eventualmente me haga llegar otras pruebas.

Y una cosa más: en vista de que ha sido usted, con su fuerza y su desenfado, quien ha roto el hielo, no quisiera que perdamos del todo el contacto. Me gustaría conocer más de usted de lo que cuenta Carl Busse.^[21] No soy un autor de cartas muy fiable; mantuve correspondencia durante un tiempo con Richard Schaukal (él también me escribió hablándome de usted), pero luego no pude continuarla, porque mis estudios^[22] no me dejan tiempo para diálogos epistolares sobre literatura. De todos modos, sigo escribiendo unas tres cartas al día, a pesar de que en este momento sólo mantengo correspondencia con Wilhelm von Scholz, Fritz Stöber,^[23] algunos amigos alemanes y unos cuantos franceses,^[24] como Camille Lemonnier y Charles van der Stappen.^[25] Sin embargo, siempre constituye para mí una dicha poder decirle a algún amigo al que aprecio cosas más íntimas y personales, esas que nos mueven y nos ocupan en lo más profundo; sólo que, en mi caso, esas cartas surgen de manera espontánea: no salen nunca con el próximo correo, sino que tardan a menudo tres semanas o más. Si se atreve usted, en tales circunstancias, a referirme muchas más cosas acerca de su persona, me sentiré satisfecho y hondamente agradecido, y creo que, en ese caso, podrá contar conmigo. Como poeta no me tengo en muy alta estima, por eso no dudo jamás en considerarme un ser

totalmente superfluo para el mundo, a menos que me valore teniendo en cuenta la virtud de ser «amigo de mis amigos». Y tengo la impresión de que podré contarle a usted entre ellos.

Se lo repito una vez más: ¡gracias, sinceramente, desde lo más profundo de mi corazón! Si en algún momento tiene usted una hora de tristeza en la que tema que su canto y su vida se apaguen sin dejar resonancia alguna, levántese de nuevo con la certeza de que le ha brindado a alguien más de lo que otros, tan mencionados en Alemania, le han dado, más que Falke,^[26] que Hartleben,^[27] que Schaukal o que Bierbaum,^[28] etcétera, etcétera, y ese alguien es esta persona que ahora le saluda desde la más afectuosa estima,

STEFAN ZWEIG

3. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Basilea, 5 de febrero de 1903

Muy estimado señor:

¡Gracias por su amable y amistosa carta! Me alegra enormemente saber que recibiré su libro.

Debido a mi naturaleza inconstante, me resulta imposible aceptar compromisos u obligaciones. Por otra parte, no siento ninguna inclinación hacia los intercambios epistolares de corte literario. A ello se añade que mis ojos, normalmente tan claros e incansables, se muestran últimamente muy débiles ante el papel (durante el último año pasé meses sin poder leer ni escribir).^[29] Pero, a fin de cuentas, ¡ni usted ni yo pretendemos contraer matrimonio! Aunque no suelo escribir cartas, siempre contará con mi gratitud por cualquier saludo amistoso o cualquier forma de acerca-

miento personal, y en algunas ocasiones también compartiré con usted, con mucho gusto, alguna pena o alegría. ¡Pero sin plazos ni términos previamente fijados! ¿Me entiende usted?

De mí hay poco que contar. Aparte de algunos amoríos, mi corazón jamás ha pertenecido a las personas, sino únicamente a la naturaleza y a los libros. Adoro a los antiguos novelistas italianos y a los románticos alemanes, pero estimo aún más las ciudades de Italia y, mucho más que todo eso, amo las montañas, los ríos, los desfiladeros, el mar, el cielo, las nubes, las flores, los árboles y los animales. Andar, remar, nadar y pescar están para mí por encima de todo. Sólo que no practico nada de eso como deportista, sino como un soñador, como un ser holgazán y fantasioso. Apenas me cae un poco de dinero en las manos, lo más probable es que desaparezca, sin haberme despedido de nadie, en algún rincón perdido de la montaña o de la costa de Italia.

Sin embargo no soy, en realidad, un hombre poco sociable. Me gusta tratar con los niños, con los campesinos, con la gente de mar, etcétera, y siempre se me puede encontrar empinando el codo en las tabernas de marineros. Pero siento un horror enorme ante esos lugares a los que se accede con guantes blancos o palabras selectas y, desde hace dos años, me mantengo estrictamente alejado de toda «vida social». Durante la semana trabajo en una pequeña librería de viejo; por las noches leo o juego al billar,^[30] y los domingos me pierdo en alguna que otra montaña o valle, siempre en solitario. Me acostumbé a ciertos caprichos literarios ocasionales, pero como cosa secundaria.

Adquirí algunos conocimientos un poco más sólidos en dos materias predilectas: la historia del Romanticismo alemán y la pintura toscana del siglo XV; así como en un par de cosas más. A ello se añade un conocimiento de los vinos locales, típicos de las regiones de Baden, de Alsacia y de Sui-

za,^[31] saber basado en una experiencia seria. Estudié filosofía algunos años, pero sin poder hallar ninguna perla, y acabé por apartarme por completo de dicho estudio.

Hasta ahora me he librado totalmente de cualquier éxito literario. Mis libritos^[32] yacen en las casas editoras, empaquetados en hatillos. Eso me molestó en alguna que otra ocasión, pero jamás enturbió mi alma, porque sé bien que soy un tipo raro que nada tiene que decir al mundo. Para convertirme en folletinista soy en parte demasiado torpe, en parte demasiado orgulloso y, en parte también, demasiado perezoso. La creación, para mí, es siempre goce, nunca trabajo. No obstante, de vez en cuando tengo que hacer cosas de ese tipo para ganarme la vida.

No sé si con esto tiene usted una imagen aproximada de mí, ¡uno se conoce tan poco! Por lo demás, ha de saber que no estoy acostumbrado a hablar de mí mismo, y mucho menos a tenerme como tema de conversación. ¡De modo que dese usted por satisfecho!

Olvidé decir que, en mi insociabilidad, hago siempre una excepción con los artistas plásticos (pintores y arquitectos). En sus talleres, donde huele a pintura y a trabajo creativo, donde cuelgan los planos o las carpetas con estudios,^[33] me siento siempre a gusto. Por el contrario, tengo cierta aversión por los literatos, los actores y los músicos. Los pintores hablan siempre de la naturaleza; los demás, únicamente de sus obras o de algún que otro colega al que envidian.

En fin, no sé qué más decirle por hoy. [Con esto,] pienso dejar a un lado ya mi autorretrato y hablarle en otra ocasión, preferiblemente, de temas más agradables, de excursiones a pie, de planes de futuro y otros asuntos.

Le saludo muy afectuosamente y le ruego no me niegue su oído y su respuesta en futuros momentos de charla,

HERMANN HESSE

4. STEFAN ZWEIG A HERMANN HESSE

Viena, 2 de marzo de 1903

Estimado señor Hesse:

Créame que, a pesar de que entre su carta y la mía media todo un mes, he pensado muy a menudo en usted. He leído con mucho cariño su *Hermann Lauscher*^[34] y le agradezco de corazón este libro. Mientras leía el principio, pensé para mis adentros: «Qué contento estarías ahora si no tuvieras en las manos un librito tan delgado, sino uno mucho más grueso, si esto no fuera más que un fragmento: el primer capítulo de una novela. ¡Entonces sí que podríamos felicitarnos realmente!». Pero ¡quién sabe!: lo que aún no es, bien podría llegar a ser algún día.

Y opino que no debería mostrarse usted tan inconforme con su vida, si ésta le ha concedido escribir este libro. Si fuera yo quien quisiera reunir ahora, a toda prisa, mis vivencias infantiles, habría en ellas soles y nubosidades, pero jamás tendrían aquella luz pura y apacible que la embriagadora naturaleza le ha obsequiado a usted. El destino de una gran urbe puede tener el mismo carácter trágico, pero nunca la misma grandeza. Yo, aquí, también suelo apartarme de los caminos de la literatura. Creo —o por lo menos ésa fue mi impresión en Berlín— que en el extranjero se imaginan la literatura austríaca como una enorme mesa de café alrededor de la cual permanecemos sentados todos, día tras día. Ahora bien, yo, por ejemplo, no mantengo una relación estrecha ni con Schnitzler,^[35] ni con Bahr,^[36] ni con Hofmannsthal,^[37] ni con Altenberg,^[38] es más, a los tres primeros ni siquiera los conozco. Recorro mis caminos por el campo con algunos autores más silenciosos: Camill Hoffmann, Hans Müller,^[39] Franz Karl Ginzkey,^[40] un poeta franco-turco, el doctor Abdullah Djaddet Bey,^[41] y algunos

pintores y músicos. Creo que, en el fondo, todos nosotros —y con «nosotros» me refiero a los que sentimos esta afinidad— vivimos de un modo parecido. Yo también he prodigado, y no poco, la vida, sólo me falta ese último desbordamiento: el de la embriaguez. En cierto modo, siempre permanezco sobrio, algo que Georg Busse-Palma, el más grande juerguista de nuestros días, jamás me pudo perdonar. Creo que ya no estará en mi mano aprenderlo, porque la capacidad para la profundidad en todas las cosas se me hace cada día más extraña: si los nuevos poemas no fueran para mí más valiosos que los de mi libro de poemas *Silberne Saiten*, un poco acuosos y demasiado llanos, pensaría que me estoy volviendo trivial.

¡Y para colmo tengo que practicar la ciencia! Ahora trabajo como un clemente para acabar el año que viene, de una vez por todas, con lo del título de *Doctor philosophiæ*, [42] y así poder arrojárselo a mis espaldas como si se tratase de unos molestos harapos. Esta es, tal vez, la única cosa que hago para complacer a mis padres, en contra de mi propio yo. Me siento totalmente aniquilado de tanto quemarme las cejas, algo que sólo interrumpo de vez en cuando para pasar alguna noche de locura, pero nunca para divertirme o liberarme; espero poder imponer en casa el consentimiento para ir, en Pascua, por diez días a Italia. He aprendido italiano y estoy ávido de ver los cuadros de Leonardo, que sé que me encantarán, a pesar de que hasta ahora los conozco sólo a través de reproducciones.

Una carta suya, apreciado señor Hesse, me proporcionará un gran contento, y cuanto más pronto, mejor. No tome a mal que este servidor, que le saluda afectuosamente, haya dejado, a causa de su gris estado de ánimo, de darle las gracias anteriormente por sus líneas.

Suyo,

STEFAN ZWEIG

5. HERMANN HESSE A STEFAN ZWEIG

Basilea, 6 de marzo de 1903

Muy estimado señor:

Muchas gracias por su amable carta. Puesto que entiendo bastante bien la esencia de su persona, puedo imaginarme, en parte, su actual situación.

¡Lo que más me alegró de su carta es saber que desea viajar a Italia en Pascua! Diez días es realmente muy poco tiempo, pero, a pesar de eso, podrá usted ganar algunas experiencias magníficas. Ahora bien, apenas encontrará allí algún cuadro de Leonardo, y en cuanto a Milán, donde se encuentra el *cenacolo*^[43] del pintor, le desaconsejo ir, ya que como ciudad deja mucho que desear. La ciudad que le queda menos apartada de Viena es Venecia, y para diez días ésa sería la visita más bella, y la que merecería más la pena. Florencia está algo más lejos, aunque en primavera es incomparablemente hermosa. Yo mismo espero poder ir en mayo por algunos días a Venecia.^[44] Le encarezco que no haga por Italia un viaje apresurado e impulsado por motivos indefectibles, sino que se dedique más bien a vagar, aun cuando haciéndolo conozca sólo una única ciudad.

¿Me permitiría molestarle con un ruego que es muy importante para mí? Su amigo Hoffmann debería obsequiarme su *Adagio*^[45] un libro que adoro (de ser posible, en edición encuadernada, pero ¡en cualquier caso, con dedicatoria!). ¡Por ello les estaría agradecido de todo corazón, tanto a él como a usted!

Piense que yo también he tenido esa capacidad para embriagarme, pero casi la he perdido del todo. En cambio, de un tiempo a esta parte, la vida apacible de la naturaleza se me ha vuelto cada vez más familiar; en ella puedo perderme completamente de vez en cuando. Por eso espero